

IN XÓCHITL IN CUÍCATL

por

ERNESTO CARDENAL

In xóchitl in cuícatl quiere decir "poesía" en náhuatl, aunque literalmente traducido quiere decir "flores y cantos". Con esta doble metáfora nombraban los nahuas a la poesía, que es esencialmente metáfora. A veces el poeta náhuatl disfraza aún más esta doble metáfora Flor-Canto con la cual se refiere a la poesía. Y así está hablando de ella en este poema cuando dice:

*Libro que brota flores es mi atabal,
canto es mi palabra, flor mi pensamiento*

O bien en este otro:

*Tu corazón se deleita, bebe las flores de la pintura [los códices]
el canto puesto en el libro*

Y así también Cuacuahtzin se refiere a la poesía cuando habla:

*Flores con ansia mi corazón desea,
y sufro con el canto, y sólo ensayo cantos en la tierra,
yo Cuacuahtzin:
¡quiero flores que duren en mis manos!*

Ometéotl era el nombre del Ser Supremo para los nahuas y quiere decir "Dos Dioses", o más exactamente "Dios Dual" (*Ome*, dos; *Téotl*, Dios). Se concibió a sí mismo desde la noche de los tiempos ("cuando aún era de noche") y se está perpetuamente concibiendo porque tiene en sí mismo el principio de la generación. El es en sí mismo una pareja, Ometecuhtli-Omecíhuatl ("Señor y Señora de la Dualidad"), es hombre y mujer, es la pareja suprema de la cual proceden todas las demás parejas del universo, o dicho con más propiedad es el principio Masculino-Femenino ya que para los nahuas probablemente no tenía sexo. La poesía, expresada por la doble metáfora Flor-Canto, estaba expresada también como una dualidad. Y es que la poesía para ellos era como una proyec-

ción metafórica de Ometéotl aquí en la tierra, y era el camino para llegar a El: la Metáfora Suprema, la Suprema Poesía. La poesía para los nahuas era el medio para conocer a Dios, y en este sentido era como una borrosa prefiguración de Cristo, el Verbo de Dios: el que dijo "Yo soy el camino..."

Por eso la teología náhuatl está en su poesía. Sus teólogos y sus místicos fueron los poetas. La poesía fue para ellos lo que la filosofía para los griegos. Y precisamente fray Bernardino de Sahagún en el siglo XVI llamó *Phylosophos* a estos poetas. Ellos eran los "Sabios", o como les llamaban los nahuas, los *tlamatinime*. Ellos eran los que "saben", los que "conocen lo que está sobre nosotros, y la región del misterio". Se dijo que "a ellos les toca hablar de los dioses", y que son:

*Los que están mirando [leyendo], los que cuentan [los que leen].
Los que vuelven ruidosamente las hojas de los códices.*

Se llamaba también a estos *tlamatinime*: "los poseedores de códices". Eran educados en el *Calmécac* (una especie de monasterio) y allí, dice Sahagún, "les enseñaban todos los versos para cantar, que se llamaban cantos divinos, los cuales versos estaban escritos en sus libros por caracteres". Lo que conocemos de esta poesía (que fue al mismo tiempo la teología y la mística náhuatl) está en el Ms. de *Cantares Mexicanos* que se encuentra en la Biblioteca Nacional de México, y su traducción al castellano la debemos sobre todo al insigne nahualista Angel M^o Garibay. La interpretación más clara —y a mi juicio más convincente— de esa cultura es la del otro insigne nahualista, Miguel León-Portilla, y en él más que en ningún otro me baso para la visión de los nahuas que aquí doy.

Miguel León-Portilla ha dicho muy bien que la primera experiencia de los *tlamatinime* fue la fugacidad de la vida, y que sintieron que la vida era como un sueño. Y encontraron que en esta vida de sueño la poesía era el único camino para llegar a la verdad y conocer a Dios. A Ometéotl, el Dios de la Dualidad, no se le podía llegar sino con metáforas, pues su dualidad era la Metáfora Suprema, la unión de dos contrarios como es toda metáfora. Esos poetas nahuas concibieron la verdad como poesía. Y a imagen del Dios Dual, que era hombre y mujer, día y noche, muerte y vida, la dualidad de la metáfora poética era expresada también con la expresión dual y metafórica de Flor-Canto. Y con flores y cantos crearon en la poesía náhuatl innumerables metáforas poéticas, pero la más bella sin duda fue esta de *Ometéotl*: su metáfora de Dios.

La poesía para los nahuas era divina, venía de arriba, de Dios, o como ellos decían: “del interior del cielo”. Ometéotl, el Dios Dual, el principio Masculino-Femenino (Señor y Señora) había “inventado” a los hombres como el artista que inventa una pintura o un poema, y por pinturas y poemas (por la palabra de los *tlamatinime*) la historia de esta creación fue transmitida de generación en generación. De allí que la poesía era divina, vehículo de la divinidad, o como decían ellos: “palabra endiosada”. Todo esto lo tenemos dicho en un poema en el que a Ometéotl se le da el nombre o atributo de Quetzalcóatl (“inventor de hombres”):

*¿No es verdad acaso? ¿No lo mereció el señor, nuestro príncipe,
Quetzalcóatl, el que inventa hombres, el que hace?
¿Acaso no lo determinó el Señor, la Señora de la dualidad?
¿Acaso no fue transmitida la palabra?*

En Nicaragua, que fue la última frontera de la cultura náhuatl (y su nombre parece ser corrupción de *Nican-Náhuatl*: “Hasta aquí llegan los nahuas”), se hizo una especie de encuesta religiosa en el siglo XVI y todos los indios entrevistados estuvieron de acuerdo en declarar que sus dioses eran una pareja: Tamagastad (Quetzalcóatl) y Cipaltonal, hombre y mujer; y que de esa pareja procedían todas las cosas. Es posible que los indios no hubieran sabido explicar —o los españoles entender— que la pareja era un solo Dios. El cronista Torquemada sin embargo entendió bien el dogma náhuatl de la divina dualidad, cuando nos dice que para los mexicanos había una “Naturaleza Divina repartida en dos dioses, conviene a saber Hombre y Mujer...” En el manuscrito de Cuauhtitlán encontramos que se llama a Dios “Aquel cuyo nombre es nuestro Padre y cuya esposa es nuestra Madre”. Y también los nahuas se dirigían a Ometéotl diciendo: “Tú, Señor, eres el Padre y la Madre de todos los dioses, y eres el dios más antiguo”. En un poema se le dice a Ometéotl “madre y padre de los dioses, el dios viejo”, y se agrega que él es

*el que está en las aguas color de pájaro azul,
el que está encerrado en nubes*

lo que quiere decir que era el que estaba en el más allá, en la región de los muertos y del saber, pues para los nahuas mar y cielo era igual a lo que nosotros entendemos por “cielo” (veían que el mar se juntaba con el cielo). Otro poema habla de que Quetzalcóatl, sacerdote del Ser Supremo, fue el que les enseñó a invocar a este

Dios —y no debemos confundir al Quetzalcóatl que es el Ser Supremo con este otro Quetzalcóatl que es tan sólo su sacerdote—:

*Y se refiere, se dice
que Quetzalcóatl, invocaba, hacia su dios a algo que está en el
interior del cielo,
a la de la falda de estrellas, al que hace lucir las cosas;
Señora de nuestra carne, Señor de nuestra carne;
la que está vestida de negro, el que está vestido de rojo;
la que sostiene en pie a la tierra, el que la cubre de algodón.
Y hacia allá dirigía sus voces,
así se sabía,
hacia el lugar de la Dualidad
el de los nueve travesaños en que consiste el Cielo...*

Encontramos aquí el principio Masculino-Femenino, los dos opuestos colocados siempre a la par en la misma línea. La de la falda de estrellas (el firmamento estrellado) es la diosa de la noche, y el que hace lucir las cosas es el dios del día. La que está vestida de negro es la muerte, y el que está vestido de rojo es la vida; y esto nos revela el sentido simbólico de la tinta negra y roja —una dualidad más— con que estaban hechos los códices de los *tlamatinime*. La que sostiene en pie a la tierra, es la diosa de la tierra; y el que la cubre de algodón (de nubes) es el dios del cielo. Uno y otro son el Señor y la Señora de nuestra carne, la Divinidad Dual.

Este Ometéotl Padre y Madre, nos dice Miguel León-Portilla, se desdobló en cuatro fuerzas llamadas *Tezcatlipocas* ("espejos humeantes") y éstos a su vez se desdoblaron en otras fuerzas con otros nombres. A los ojos de los *macehuales* (el pueblo) los hijos de Ometéotl se fueron multiplicando en forma cada vez más creciente. Pero esos dioses que aparecían siempre en parejas, como marido y mujer, no eran sino nuevas máscaras del rostro dual de Ometéotl. De día él era la fuerza solar, *Tonatiuh* ("el que va haciendo el día"); *Ipalnemohuani* ("Aquel por quien se vive"); *Texcatlanextia* ("espejo que hace mostrar las cosas"); *Citlallatónac* ("astro que hace lucir las cosas") y *Yeztlaquenqui* ("el que está vestido de rojo"). De noche él era *Yóhualli-ehécatl* ("invisible e impalpable"); *Tezcatlipoca* ("el espejo que ahúma las cosas"); *Citlalinicue* ("la de la falda luminosa de estrellas") y *Tecolliquenqui* ("la que está vestida de negro"). Ometéotl era también *Tlallamámac* ("la que sostiene a la tierra") y *Tallichácatl* ("el que la cubre de algodones"). Ometéotl era también *Coatllicue* la de la falda de serpien-

tes, la madre telúrica, y *Tláloc* el Señor de las lluvias y el fecundador. Era *Chalchiuhtlicue* la de la falda de jade, señora de las aguas corrientes y del mar y los lagos. Y era también *Quetzalcóatl*, el dios del saber y de las artes. Finalmente Ometéotl era *Mictlantecuhtli* y *Mictecacihuatl*: el Señor y la Señora de la región de los muertos.

Según Miguel León-Portilla "toda la oscura complejidad del panteón náhuatl comienza a desvanecerse al descubrirse siempre bajo las máscaras de las numerosas parejas de dioses el rostro dual de Ometéotl". Otro gran nahualista, como lo es Alfonso Caso, nos confirma lo mismo: entre las clases incultas, nos dice él, había una tendencia a exagerar el politeísmo y concebían como dioses diferentes "lo que en la mente de los sacerdotes sólo eran manifestaciones o advocaciones del mismo dios". Y ya en 1910 Hermann Beyer nos dijo que si nos adentrábamos en el lenguaje simbólico de los mitos y los códices veríamos que el craso politeísmo no existía y que los sacerdotes habían concebido ideas religiosas más elevadas, y que "los dos mil dioses de que habla Gómara, para los sabios e iniciados no eran sino otras tantas manifestaciones de lo *Uno*". Jacques Soustelle nos dice que "en ciertos medios, por lo menos en los *calmécac* donde los sacerdotes estudiosos escudriñaban los manuscritos policromos o, por la noche, observaban la marcha de las estrellas, se llegó a concebir el mundo divino como dominado por un pequeño número de personalidades míticas de múltiples aspectos". Y algunos iban más lejos, nos dice, como fue el caso de Netzahualcóyotl que edificó la pirámide del Dios Desconocido.

Esta pirámide que edificó el rey-poeta Netzahualcóyotl tenía nueve pisos que simbolizaban los nueve cielos, y sobre éstos había un piso más, pintado por fuera de color negro estrellado y por dentro lleno de oro y piedras preciosas y plumas, simbolizando la dualidad Día-Noche de Ometéotl. El dios no estaba representado allí por ninguna imagen ni ídolo. Y el príncipe chichimeca Fernando Ixtlixóchitl en su crónica antigua pone en boca de Netzahualcóyotl las siguientes palabras: "Estos ídolos de madera y piedra no pueden oír ni sentir, ni menos crear el cielo y la tierra y al hombre señor de ella. Estos han de ser obra del Dios Omnipotente y desconocido, Creador del Universo, del cual solamente se puede esperar consuelo y auxilio". Nos dice también el mismo cronista Ixtlixóchitl: "Nunca jamás (aunque había muchos ídolos que representaban diferentes dioses) cuando ofrecía tratar de deidad, los nombraba ni en general ni en particular, sino que decía *In Tloque yn Nahuaque, Ypalmemoani...*" (El primero de estos dos títulos

quiere decir "el que tiene todo en sí", o como lo traduce Miguel León-Portilla: "el Dueño del Cerca y del Junto". El segundo quiere decir "Aquel por quien se vive" o "Dador de la vida"). Por eso me parece que tiene mucha razón Paul Westheim cuando dice: "No cabe duda que Netzahualcōyotl y su *élite* habían llegado al monoteísmo. Dato no menos interesante: Netzahualcōyotl no fue atacado ni tildado de hereje y seductor del pueblo".

Este monoteísmo era muy antiguo según Caso, pues nos dice que había entre los mexicanos "una escuela filosófica muy antigua, que sostenía que el origen de todas las cosas es un solo principio dual, masculino y femenino, que había engendrado a los dioses, al mundo y a los hombres..." El cronista Torquemada nos dice que a Ometéotl lo llamaban también *Moyucoyatzin ayac oquiyocux, ayac oquipic* "que quiere decir que nadie lo creó o formó, sino que él solo por su autoridad y su voluntad lo hace todo..." Y Sahagún nos cuenta que también "le llamaban *Yoalliehēcatl* que quiere decir noche y aire, o invisible..." La traducción literal de esta expresión que nos da Sahagún (*Yohualli-ehēcatl*) es "noche-viento" y su sentido es que Dios es invisible como la noche e impalpable como el viento; de ahí que Portilla lo traduce como "invisible e impalpable". Otro título que daban a Ometéotl era *Totecuio in ilhuicahua in tlalticpacque in mictlane*: "Nuestro Señor, dueño del cielo, de la tierra y de la región de los muertos". Y también le llamaban *Moyocoyani*, lo que Portilla traduce como "el que a sí mismo se inventa". Y también eran frecuentes las expresiones "El Dueño del cerca y del junto" y "Aquel por quien se vive", únicas dos con las que llamaba a Dios Netzahualcōyotl según nos lo cuenta su descendiente Fernando de Alva Ixtlilōchitl. En el relato náhuatl de las apariciones de la Virgen de Guadalupe nos encontramos puesta en labios de la Virgen María y aplicada al verdadero Dios esta expresión náhuatl de "Aquel por quien se vive", pues dice ella a Juan Diego: "Yo soy la siempre virgen Santa María, Madre del verdadero Dios, Aquel por quien se vive".

En un bello poema Netzahualcōyotl nos presenta a Dios como un Poeta que escribe y pinta a las cosas y a los hombres. El mundo es creado con "flores" y "cantos", es decir con la poesía (*In xóchitl in cuicatl*), y la creación es así como el poema de Dios. Tan sólo en su poesía, en su "pintura" vivimos, y como el artista que puede borrar de su códice las figuras que quiere, así "Aquel por quien se vive" puede borrar a los hombres (aun los nobles: los Caballeros Aguilas y los Caballeros Tigres). Canta Netzahualcōyotl:

*Con flores escribes las cosas,
¡oh Tú por quien se vive!
Con cantos das color,
con cantos sombreas
a los que han de vivir en la tierra.*

*Después destruirás
a Aguilas y Tigres;
solamente en tu pintura vivimos
aquí, sobre la tierra.*

Otro poeta usando siempre la doble metáfora de la poesía, Flor-Canto, nos da como una nueva dimensión de la poesía al decirnos que las flores son el canto de Dios; lo cual es como decir que la belleza de la tierra es un reflejo de la belleza de Dios, y que ambas forman como una especie de *In xóchitl in cuicatl*, un Flor-Canto o Poema supremo en el que la belleza creada ("flores") y la increada ("canto") son los dos extremos de una dualidad, siendo la una imagen y creación y metáfora de la otra:

*¡Las varias flores son tu corazón y tu canto, oh Dios!
¿Quién no anhela tus flores, oh Dios de la Vida
que haces abrir los capullos de las flores?*

Otro poeta náhuatl, Temilotzin, se nos describe a sí mismo como un poema de Dios, que ha sido enviado a este mundo para realizar la solidaridad humana (la amistad y confraternidad entre los poetas, en la que mucho insisten los poetas nahuas):

*Dios me envía como un mensajero,
a mí transformado en poema,
a mí, Temilotzin.
También yo he venido
a hacer amigos aquí.*

En otro poema náhuatl se alude al sitio de reunión de los poetas ("el Lugar de los atabales") y se les recuerda a los cantores que la inspiración la da Dios y que la misión de ellos es transmitirla a los otros en esas reuniones (siempre refiriéndose a la poesía con la doble imagen de flores y cantos):

*Oh, principes, vosotros vivisteis en cantos,
abristeis vuestras corolas como flores...*

*El tambor y las sonajas los mueve Aquel por quien se vive:
vosotros habéis escrito en libros pintados vuestros cantos,
y los vais abriendo en el Lugar de los atabales.*

Según otro poeta, Anáhuac (la tierra) es la casa de Dios, porque en ella se oyen Sus cantos. La poesía es pues como la presencia de Dios en la tierra. *Anáhuac* no era solamente México, sino la tierra entera (el continente americano entre dos mares, que para ellos era toda la tierra); todo lo demás era la región de mar-y-cielo que constituía lo que nosotros entendemos por "Cielo": el Más Allá. Dice el poeta:

*¡Es tu casa, Dador de la vida, Tú reinas aquí:
en Anáhuac se oyen tus cantos:
se extienden sobre los hombres!*

Muy acertadamente escribió Garibay sobre la poesía náhuatl diciendo que el invisible *Ipalnemoani* ("Aquel por quien se vive", o "el Dador de la vida") está presente "en casi cada línea de esta producción". Y admirable intuición la de Eguiara y Eguren cuando en el siglo XVIII (dos siglos antes de que nos diera Garibay sus traducciones, es decir: de que conociéramos verdaderamente la poesía náhuatl) escribió sobre los códices nahuas: "no pocos de ellos merecen ser llamados tratados teológicos".

La teología y mística náhuatl era al mismo tiempo la poética náhuatl. El arte y la poesía eran para ellos una divinización de las cosas, y una manera de conocer la verdad. La belleza era lo único real en este mundo, la única verdad. El artista, el *tolteca* como lo llamaban (porque todo lo más elevado de su cultura lo referían a la misteriosa raza de los toltecas), tenía "a Dios en su corazón" (*yoltéotl*), o tenía un "corazón endiosado" como traduce también Miguel León-Portilla esta expresión náhuatl. Y el artista también divinizaba las cosas, con ese corazón endiosado:

*El buen pintor:
el tolteca de la tinta negra y roja,
creador de las cosas con el agua negra...
El buen pintor, entendido,
Dios en su corazón,
que diviniza con su corazón a las cosas,
dialoga con su propio corazón.*

*Conoce los colores, los aplica, sombrea.
Dibuja los pies, las caras,
traza las sombras, logra un acabado.
Como si fuera un tolteca,
pinta los colores de todas las flores.*

Entre los sacerdotes nahuas había uno llamado *tlapizcatzin* ("conservador") y los indios informaron a fray Bernardino de Sahagún que "tenía cuidado de los cantos de los dioses, de todos los cantares divinos. Para que nadie errara, cuidaba con esmero los cantos divinos en todos los barrios. Daba pregón para que se reuniera la gente del pueblo y aprendiera bien los cantos". Los nahuas tenían también unas casas de penitencia y oración a las que llamaban la Mansión Negra, y en un poema atribuido a Netzahualcóyotl se dice que en esas casas de oración era donde se hacía la poesía:

*donde se hacen los libros
que tú haces en México, y que tú heredaste . . .
oh Netzahualcóyotl.*

Hay un poema en que los *tlamatinime* preguntan a los sacerdotes de dónde proviene la poesía, *In xóchitl in cuicatl* (Flor-Canto):

*Sacerdotes yo os pregunto:
¿De dónde provienen las flores que embriagan al hombre?
¿El canto que embriaga, el hermoso canto?*

Y los sacerdotes responden que viene de Dios:

*Sólo provienen de Su casa, del interior del cielo,
sólo de allá vienen las variadas flores . . .
Donde el agua de flores se extiende,
la fragante belleza de la flor se refina
con negras, verdecientes flores y se entrelaza, se entreteje:
dentro de ellas canta, dentro de ellas trina el ave quetzal.*

Si la poesía viene del cielo, los poetas con sus cantos hacen de la tierra (*Anáhuac*) una especie de imagen del cielo. Así lo dice un poema atribuido a Netzahualcóyotl:

*Como un cielo pintáis el país de Anáhuac,
donde lo pintaron los príncipes.*

El poeta viene de Dios, así nos lo dice otro poeta náhuatl:

*Yo vengo de Tu mansión, yo, bella flor fragante,
alzo un canto para distribuir mis flores.*

La poesía viene del cielo y es para dar gloria a Dios, nos dice otro poeta:

*Yo soy poeta y percibo el origen del canto:
No en la tierra, en verdad, tiene su origen el bello canto;
no, que viene desde el interior del cielo . . .*

*Escucha, oh amigo, mi canto, taño mi florido atabal . . .
estalla en flores mi corazón,
agito las fragantes flores que derraman rocío,
en las cuales se entreteje mi canto
ante Aquel que está cerca y junto.*

Y otro:

*Aquí comienzo:
Yo soy cantor:
de mi corazón brotan flores:
con hermosos cantos doy honor al Autor de la vida.*

*Aquí bailo:
Yo soy cantor:
de mi corazón brotan flores:
con hermosos cantos doy honor al Autor de la vida.*

La poesía era una ofrenda a Dios para estos poetas nahuas. "El que da vida es invocado con flores", dice uno de ellos. Y otro: "Hemos venido a dar placer al Dador de la vida,/ y a nuestra Madre para quien los campos dan flores". Pero a veces los poetas se preguntan si esas ofrendas serán valederas:

*¿Acaso de veras hablamos aquí, Dador de la vida . . . ?
Aun si esmeraldas, si ungüentos finos,
damos al Dador de la vida,
si con collares eres invocado, con la fuerza del águila, del tigre,
puede que nadie diga la verdad en la tierra.*

La poesía es la palabra de Dios, pero los poetas se preguntan:

*¿Acaso se cumple la palabra de Dios en la tierra?
¿Se vive verdaderamente aquí?*

A veces se era más consciente de la búsqueda de Dios que de su encuentro:

*En todas partes es buscada, en todas partes es aclamada,
es gritada y buscada la palabra de Dios . . .
¿Pero se vive verdaderamente aquí?*

A veces el poeta náhuatl es consciente de no haber encontrado a Dios:

*¿Dónde está el lugar de la luz,
pues se oculta el que da la vida?*

Y teme otras veces que esos cantos con los que se busca a Dios sean vanos:

*Yo busco cantares allá en el lugar de donde ellos vienen:
¡Ah, mísero de mí, que no cante yo en vano!
¿Dónde veré tus flores, oh Autor de la vida?
¡Ah, mísero de mí, que no cante yo en vano!*

En el concurso de poesía realizado por Tecayehuatzin, señor de Huexotzinco, uno de los poetas exclama:

*¿Dónde vives, oh mi Dios
Dador de la vida?
Yo te busco.
Algunas veces, yo poeta
por tí estoy triste
aunque sólo procuro darte placer.*

Aun cuando los cantares fueran vanos, los poetas —y místicos— nahuas sentían la necesidad de cantar a Dios:

*pero en la tierra te elevamos cantos:
así lo exigen nuestras almas.
Oh Tú que estás cerca, oh Tú que estás junto . . .*

El gran Netzahualcóyotl fue uno de los que mejor cantó, en ardientes versos místicos, esta búsqueda de Dios:

*No en parte alguna puede estar la casa del inventor de sí mismo.
Dios, el señor nuestro, por todas partes es invocado,
por todas partes es también venerado.
Se busca su gloria, su fama en la tierra.*

*El es quien inventa las cosas,
El es quien se inventa a sí mismo: Dios.
Por todas partes es invocado,
por todas partes es también venerado.
Se busca su gloria, su fama en la tierra.*

*Nadie puede aquí,
nadie puede ser amigo
del Dador de la vida:
sólo es invocado,
a su lado
junto con El
se puede vivir en la tierra.*

*El que lo encuentra,
tan sólo sabe bien esto: El es invocado,
a su lado, junto a El,
se puede vivir en la tierra.
Nadie en verdad
es tu amigo,
¡oh Dador de la vida!
Sólo como si entre las flores,
buscáramos a alguien,
así te buscamos,
nosotros que vivimos en la tierra,
mientras estamos a tu lado.*

*Se hastiará tu corazón,
sólo por poco tiempo
estaremos junto a ti y a tu lado.*

*Nos enloquece el Dador de la vida,
nos embriaga aquí,
nadie puede estar acaso a su lado,
tener éxito, reinar en la tierra.*

*Sólo Tú alteras las cosas
como lo sabe nuestro corazón:
nadie puede estar acaso a su lado,
tener éxito, reinar en la tierra.*

Y otro poeta náhuatl suspira así por Dios:

*Oh Dador de la vida, yo sufro: ¿acaso nunca será?
¿acaso nunca habré de ir a tu lado?*

*Te distribuyes amoroso, y de tu poder viene
la felicidad, oh Dador de la vida:
las flores valiosas, las flores fragantes,
esas mismas que yo ambiciono y por las que sufro.*

*Esmeraldas y plumas de quetzal en abundancia
son tus palabras y tu corazón, padre mio por quien se vive:
Tú ves al que sufre y al sufrimiento:
un breve instante, y estaré junto a Ti y a tu lado*

*Abren sus corolas de piedras preciosas tus flores,
oh Dador de la vida, brotan en sembrados las flores,
abren sus corolas de brillante turquesa.
Un breve instante, y estaré junto a Ti y a tu lado.*

El poeta Yohyontzin exclama:

*¡Me habré de ir, yo Yohyontzin, a su Casa,
allá junto a los cantos del que da la vida!*

El cielo era el lugar de la poesía, del perpetuo canto, y por él suspiraban los poetas:

*Sólo te busco a Ti, Padre nuestro, Dador de la vida:
Estoy sufriendo: sé Tú nuestro amigo,
hablémonos mutuamente tus hermosas palabras,
digamos por qué estoy triste:
busco el deleite de tus flores,
la alegría de tus cantos, tu riqueza.*

*Dicen que en un buen lugar, dentro del cielo,
hay vida general, hay alegría:
se levantan los atabales:*

*es perpetuo el canto con el que se disipa
nuestro llanto y nuestra tristeza:
¡es donde ellos viven, es su casa:
ojalá lo supierais así, oh príncipes!*

En los jardines del palacio de Tecayehuatzin, poeta y señor de Huexotzinco, se celebró una vez una especie de certamen o diálogo de poetas sobre el tema de la poesía. Los poetas allí reunidos dieron cada uno de ellos su interpretación de Flor-Canto, *In xóchitl in cuícatl*. Comenzó Tecayehuatzin preguntándose si Flor-Canto sería lo único verdadero en la tierra:

*¿Allá lo aprueba tal vez el Dador de la vida?
¿Es esto quizás lo único verdadero en la tierra?*

Habló después el príncipe Ayocuan, de quien Tecayehuatzin había dicho que "ciertamente conoce al Dador de la vida", y comenzó declarando que la poesía era de origen divino:

*Del interior del cielo vienen
las bellas flores, los bellos cantos.
Los afea nuestro anhelo,
nuestra inventiva los echa a perder...*

Se pregunta después si los poetas han hablado en verdad a Dios:

*Vuestro hermoso canto:
un dorado pájaro cascabel,
lo eleváis muy hermoso.
Estáis en un cercado de flores.
Sobre las ramas floridas cantáis.
¿Pero eres tú acaso un ave preciosa del Dador de la vida?
¿Acaso tú has hablado a Dios?
Habéis visto la aurora
y os habéis puesto a cantar.*

Recuerda después la fugacidad de la vida y dice que lo único que perdura es la poesía:

*¿Sólo así he de irme
como las flores que perecieron?
¿Nada quedará en mi nombre?
¿Nada de mi fama aquí en la tierra?
¡Al menos flores, al menos cantos!*

La poesía es permanente por su perduración en el más allá, en la casa de Dios:

*Nadie hará terminar aquí
las flores y los cantos,
ellos perduran en la casa del Dador de la vida.*

Pero luego el poeta se pregunta si la vida en el más allá no será tan fugaz como la de aquí, y con esta duda termina su intervención:

*Aquí en la tierra es la región del momento fugaz.
¿También es así el lugar
donde de algún modo se vive?
¿Allá se alegra uno?
¿Hay allá amistad?
¿O sólo aquí en la tierra
hemos venido a conocer nuestros rostros?*

Contesta Aquiauhtzin, señor de Ayapanco, y comienza expresando su deseo y su búsqueda de Dios con versos que ya hemos visto antes:

*¿Dónde vives, oh mi Dios
Dador de la vida?
Yo te busco.
Algunas veces, yo poeta
por Ti estoy triste
aunque sólo procuro darte placer.*

Las flores y las pinturas son una búsqueda de Dios, nos dice a continuación. El arte es para agradecerlo a El:

*Aquí donde llueven
las blancas flores,
las blancas flores preciosas,
en medio de la primavera,
en la casa de las pinturas,
yo sólo procuro darte placer.*

Dios está en todas partes, dice después. La poesía y el arte sirven de invocación a El:

*En todas partes está
tu casa, Dador de la vida.
La estera de flores,
tejida con flores por mí:
sobre ella te invocan los príncipes.*

Y el príncipe poeta termina su intervención hablando nuevamente de la búsqueda de Dios. El es el esperado de los poetas, dice. El es también el que escucha la poesía. El se hace presente en flores y cantos, viene cantando; y la poesía de los hombres es una respuesta dada al canto de Dios:

*¿A quién se espera aquí?
Se aflige nuestro corazón.*

*Sólo Dios
escucha ya aquí,
ha bajado del interior del cielo,
viene cantando.
Ya le responden los príncipes
que llegaron a tañer sus flautas.*

Interviene con voz melancólica Cuauhténcoz, poeta de Huexotzinco:

*Yo Cuauhténcoz, aquí estoy sufriendo.
Con la tristeza he adornado mi florido tambor.*

Y se pregunta a continuación si la poesía y los hombres son verdaderos:

*¿Son acaso verdaderos los hombres?
¿Mañana será aún verdadero nuestro canto?*

Verdad para los nahuas era lo que estaba firme, enraizado, *en pie* (como pirámide). Por eso sigue el poeta:

*¿Qué está por ventura en pie?
¿Qué es lo que viene a salir bien?
Aquí vivimos, aquí estamos,
pero somos indigentes, oh amigo.
Si te llevara allá,
allí sí estarías en pie.*

El príncipe Motenehuatzin toma la palabra y dice que la poesía ahuyenta la tristeza. Lo mismo dice después el príncipe Monencauhtzin: el poeta enriquece a los otros con sus cantos y a muchos ha alegrado. La belleza —agrega— es un reflejo de la divinidad: las flores “abren sus corolas ante el rostro del Dador de la vida”. En esas flores el poeta puede encontrar la respuesta de aquel Dios a quien busca:

*El te responde,
El ave preciosa del Dios
al que tú buscaste.*

Xayacámach, otro poeta, interviene después haciendo también un elogio de la poesía y diciendo que ella embriaga los corazones. Tlalpalteuccitzin dice que la poesía da deleite al Dador de la vida:

*Oh, Dador de la vida,
con flores eres invocado.
Nos humillamos aquí,
te damos deleite
en el lugar de los atabales floridos.*

El príncipe Ayocuan habla de nuevo para hacer un bello elogio de Huexotzinco, que no es una ciudad guerrera:

*Asediada, odiada
sería la ciudad de Huexotzinco,
si estuviera rodeada de dardos,
Huexotzinco circundada de espinosas flechas.*

En cambio es la ciudad de la poesía y de la música y por eso es la casa del Dador de la vida:

*El tímballo, la concha de tortuga
resuenan en tu casa,
permanecen en Huexotzinco.
Allí vigila Tecayehuatzin,
el señor Quecéhuatl,
allí toca la flauta, canta,
en su casa de Huexotzinco.
Escuchad:
hacia acá baja nuestro padre el Dios.*

*Aquí está su casa,
donde se encuentra el tamboril de los tigres,
donde han quedado prendidos los cantos
al son de los timbales.*

En la casa de las pinturas mora el Dador de la vida. Dios se hace así presente en el arte:

*Como si fueran flores,
allí se despliegan los mantos de quetzal
en la casa de las pinturas.
Así se venera en la tierra y el monte,
así se venera al único Dios.
Como dardos floridos de fuego
se levantan tus casas preciosas.
Mi casa dorada de las pinturas
¡también es tu casa, único Dios!*

Tecayehuatzin, el señor de Huexotzinco, termina este diálogo sobre la poesía diciendo que va a pronunciar "el sueño de una palabra"; en medio de la fugacidad de la vida se descubre una constante invariable: la primavera va y vuelve, el maíz madura fielmente cada año; de la misma manera hay una fidelidad y una verdad en la poesía y los hombres, aun cuando la una y los otros son pasajeros:

*Y ahora, oh amigos,
oíd el sueño de una palabra:
Cada primavera nos hace vivir,
la dorada mazorca nos refrigera,
la mazorca rojiza se nos torna un collar.
¡Sabemos que son verdaderos
los corazones de nuestros amigos!*

La amistad entre los poetas es un tema frecuente en la poesía náhuatl. Existía una especie de fraternidades de sabios y poetas que se llamaban *icniúhyotl*. Ixtlixóchitl nos cuenta que en el palacio de Netzahualcáyotl había un lugar destinado a la reunión de las academias de poetas y filósofos, las que serían como esta reunión que hemos visto en Huexotzinco. A esta hermandad de los poetas alude Yohyontzin cuando dice:

*¿Acaso por mí ha de acabar esta amistad,
acaso por mí ha de acabar la unión de los que aquí moran?*

Y otro poeta náhuatl canta:

*Como flor olorosa y rica se estremece
la reunión de amigos...*

Ya vimos que en la reunión de Huexotzinco se planteó la pregunta de si en el cielo habría reunión de amigos, o si tan sólo la tierra era el lugar donde podían conocerse. Otro poeta se imagina que ese es el lugar de la verdadera fraternidad, el verdadero *icniúht-yotl*, y exclama:

Ah, a la región donde se juntan los muertos envíame.

Pero una y otra vez los poetas se preguntan qué verdad puede decir la poesía aquí en la tierra. La vida es como un sueño, y en el mejor de los casos el poeta es como uno que habla medio dormido:

*Pero, ¿qué cosa verdadera puedo decir aquí, oh Tú por quien se
[vive?
Sólo estamos soñando, como uno que se levanta de la cama medio
[dormido:
yo hablo cosas de la tierra: nadie es capaz de decir otra cosa.*

Sí, la vida es un sueño, y eso lo repiten muchas veces los poetas nahuas:

*Lo dejó dicho Tochiuhuitzin,
lo dejó dicho Coyolchiuhqui:
"Sólo venimos a dormir,
sólo venimos a soñar":
¡No es verdad, no es verdad que venimos a vivir en la tierra!*

Tecayehuatzin, el señor de Huexotzinco, en un hermoso himno a Dios, "el Dueño del cerca y del junto", nos dice que como a una esmeralda Dios nos hace pedazos y como a una pintura nos borra. Se quiebra el jade, se desgarran el quetzal, y Dios parece que se burla de nosotros, porque pronto ya no existimos.

Los poetas nahuas estaban obsesionados por la muerte. La muerte les apretaba la garganta entre las flores, como lo dice uno de ellos. Llamaban al más allá "la región del misterio", "nuestra casa común, nuestra común región de perderse", "la tierra inmensa", "el sitio donde todos van", "donde es uno descarnado", "el

lugar de la lluvia y de la niebla". El tema más frecuente de la poesía náhuatl era el de la fugacidad de la vida. Y estos cantos deben haber sido cantados también con una música triste. Fray Diego Durán nos dice de estos cantos: "eran tan tristes, que sólo el son y el baile pone tristeza, el cual he visto bailar algunas veces con cantares a lo divino, y es tan triste, que me da pesadumbre oílo y tristeza".

*Por esto estoy triste en mi canto, oh Tú por quien se vive,
Tenemos que abandonar los bellos cantos,
tenemos que abandonar también las flores.*

exclama un poeta náhuatl, recordando que la belleza de la tierra es pasajera. Y otro:

*Lloro y me aflijo cuando recuerdo
que dejaremos las bellas flores, los bellos cantos.*

Fugaz como las flores es la poesía (que es "flores y cantos") y la vida del hombre es también fugaz como las flores:

*... abre algunas corolas la flor de nuestro cuerpo,
y después se marchita.*

En el *Canto en loa de los Reyes* se dice:

¿Nosotros dónde iremos? ¡Ah, la tristeza invade mi corazón!

"En vano se reparten olorosas flores de cacao", repetía el sabio Ayocuan Cuetzpaltzin. "Un viento como de obsidianas sopla y se desliza sobre nosotros", decían los padres nahuas en su discurso al nacimiento de una hija. Un poeta nos dice que tiene ante los ojos a la muerte, y que es como haber bebido hongos alucinantes, y que llora su corazón. Otro poeta canta que sólo por breve tiempo, sólo como la flor del elote hemos venido a abrirnos. Y otro canta a una cortesana ("ave roja de cuello de hule"... "preciosa como maíz tostado") diciéndole que tan sólo se da prestada y que pronto tendrá que ir a donde todos quedan descarnados. Otro dice que todos nos vamos juntos al lugar de los descarnados. Y otro: que por más que él lllore y por más que se aflija y que no lo quiera su corazón, habrá de irse a la Región del Misterio, y pregunta:

oh amigos, ¿dónde está la tierra en que no se muere?

El más allá era llamado también “el lugar donde están los que de algún modo viven” o “el lugar donde de algún modo se vive”, pero a veces los poetas preguntan:

*¿Se vive aún, acaso, en el país del misterio?
¿Tendrán certeza, acaso, allá nuestros corazones?*

O bien:

*¿Se pueden llevar las flores al reino de la muerte?
¡Es verdad que nos vamos, es verdad que nos vamos!
¿Adónde vamos, ay, adónde vamos?
¿Estamos allá muertos o vivimos aún?
¿Otra vez viene allá el existir?*

O también:

*¿Iré yo acaso? ¿Vive allá mi madre? ¿Vive allá mi padre?
En la Región del Misterio... Mi corazón se estremece:
¡Con que sólo yo no muriera, que no pereciera...!
Sufro y siento pena.*

Alguna clase de supervivencia hay en el arte, declaran con frecuencia los poetas:

*Obras de toltecas quedarán pintadas,
soy poeta, mis cantos vivirán en la tierra,
con cantos mis esclavos poseerán mi recuerdo.*

Pero otras veces también se dan cuenta de que la poesía es fugaz como las flores:

*¡Con sólo flores secas, flores muertas
te amortajas, oh rey Netzahualcóyotl!*

Flor-Canto también se marchita. “¡Quiero flores que duren en mis manos!”, exclama el poeta Cuacuahtzin. Y pregunta dónde encontrará hermosas flores y hermosos cantos, y a continuación se responde: “¡Jamás los produce aquí la primavera!” Otro poeta se pregunta si no tendrá que olvidar “nuestros cantos, nuestras flores”, cuando tenga que ir a la región donde el mortal desaparece. Y otro poeta canta así la vanidad de la poesía:

*¡Vano empeño: ya tomas tu enflorado atabal,
esparces, riegas flores:
¡se marchitan!*

.....
*Tenemos la tierra tan sólo prestada, oh amigos,
hemos de dejar los bellos cantos,
hemos de dejar las bellas flores.
Por ello me entristezco en mi canto al sol:
Hemos de dejar los bellos cantos,
hemos de dejar las bellas flores.*

No, la poesía tampoco es inmortal en esta tierra, y en un llamado *Canto de Netzahualcóyotl* se dice:

*El canto es la única mortaja que nos llevamos al sepulcro:
los guerreros destruyen nuestros libros.
¡Haya placer aquí, pues nadie tiene mansión permanente en el
[mundo:
tenemos que dejar las bellas flores!*

Los poetas anhelan una poesía más verdadera en el cielo:

*En verdad lo digo:
ciertamente no es el lugar de la felicidad aquí en la tierra.
Ciertamente hay que ir a otra parte:
allá la felicidad sí existe.
¿O es que sólo en vano venimos a la tierra?
Otro es el sitio de la vida.
Allá quiero ir,
allá en verdad cantaré
con las bellas aves.
Allá disfrutaré
de las genuinas flores,
de las flores que alegran,
las que apaciguan el corazón,
las únicas que dan paz a los hombres,
las que los embriagan con alegría.*

Pero las inquietantes preguntas siempre surgen:

*¿Quién sabe si hemos de ir a su morada,
los que sólo hemos venido a vivir en la tierra?*

O:

*¿Allá donde ellos viven,
se unirán en amistad, se unirán en festines?*

A veces el poeta renuncia a saber la verdad acerca del más allá:

*¿Acaso allá somos verdaderos?
¿vivimos donde sólo hay tristeza?
¿Acaso es verdad, acaso no es verdad como dicen?
No se aflijan nuestros corazones.
¿Cuántos de cierto dicen
qué es verdad o qué no es verdad allí?*

A veces la duda del poeta cede ante la esperanza:

*Acaso allá donde todos son contados se tiene vida: no hay pena
ni dolor.*

Y otras veces encontramos una verdadera certeza:

Allá donde no hay muerte, allá donde se triunfa, allá voy yo.

O:

*Meditad, recordad la región del misterio:
allá está su casa: en verdad todos nos vamos
adonde están los descarnados, todos nosotros los hombres
y nuestras almas irán a conocer su rostro.*

Y otras veces el poeta realmente suspira por el cielo:

*¿Dónde está, corazón mío, el sitio de mi vida?
¿Dónde está mi verdadera casa?*

En estos cantos nahuas cantados al son del teponaztli con frecuencia encontramos la tristeza mezclada con la duda, la esperanza y la certeza y con un auténtico anhelo de cielo:

*Tengo tristeza, sufro amargura,
yo soy el príncipe Netzahualcóyotl;
con flores y con cánticos recuerdo
a aquellos príncipes que fueron,
a Tezozómoc, y a Cuacuahtzin.*

*¿Viven aún en la región del misterio?
¡Ojalá fuera yo hacia los príncipes
y les llevara yo nuestras flores,
les llevara yo mi bello canto
a Tezozómoc, y a Cuacuahtzin!*

Tamoanchan es el cielo en la poesía náhuatl, "la Casa de Dios", el lugar donde mora Ometéotl. Es también el lugar de la procreación y el parto, el sitio de donde proceden los hombres. Una posible etimología del nombre es "Casa de donde descienden", dice Garibay. *Tamoanchan* en los poemas es también el Paraíso. Allí estaba el Arbol Florido, del que proceden las vidas de los hombres y los cantos. En los poemas se menciona con frecuencia este Arbol Florido, y se le representaba en los patios en los que se celebraban los certámenes poéticos. La diosa de las flores y el amor había venido de *Tamoanchan*:

*Yo, Xochiquétzal, diosa de las flores y del amor,
del país de la lluvia y de la niebla vengo yo.
Yo, Xochiquétzal, vengo de Tamoanchan,
el lugar del Arbol Florido,
el de los aires fríos, delicados y helados
sobre los nueve cielos.*

Los hombres hemos nacido para ir allí, y así lo canta un poeta:

*¿Adónde iremos?
Sólo a nacer venimos.
Que allá es nuestra casa:
el lugar de los descarnados.*

Los nahuas creían en la resurrección porque veían que el sol muere y renace cada día, que el lucero Venus (Quetzalcóatl) muere y renace, que la luna muere y renace, que el maíz muere y renace y que la vegetación entera muere y renace también todos los años después de las primeras lluvias enviadas por Tláloc. "La muerte y la vida —nos dice Soustelle— son sólo dos aspectos de la misma realidad: desde la época arcaica los alfareros de Tlatilco modelaron una cara doble, mitad viva y mitad esqueleto, y ese dualismo se vuelve a encontrar en innumerables documentos." Y agrega que para los nahuas "la vida brotaba de la muerte, como la pequeña planta brota del grano que se descompone en el seno de la tierra".

Muy acertadas las palabras de Jacques Soustelle. Los nahuas vieron en el maíz lo mismo que Cristo nos mostró en el grano de trigo: "Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, permanece solo; pero si muere producirá mucho fruto". El nacimiento del maíz fue para ellos una revelación de la resurrección, y, como lo dice un poeta, una "luz":

*En primavera nos vivifica la dorada mazorca en cierne;
es una luz para nosotros, la rubia mazorca tierna.*

En un himno a *Xipe* ("Nuestro Señor el Desollado") tenemos también este bello canto de resurrección:

*¡Que yo goce, que yo no perezca:
yo soy la Mata tierna del Maíz:
semejante a una esmeralda
verde es mi corazón:
pero todavía veré el oro del agua!*

Tláloc era el dios de la lluvia y de él venía la abundancia, la riqueza del agua que después resplandece en la dorada madurez de los granos ("el oro del agua"). Por eso en un himno a Tláloc se dice:

De la región de la abundancia viene el que enriquece al mundo.

Tlalocan ("La Casa de Tláloc") era un bello paraíso tropical lleno de maíz, chile, tomates, frijoles, chayotes y flores: "... jamás faltan allí las mazorcas de maíz verdes, calabazas, ramitas de bledos, axi verde, tomates, frijoles verdes en vaina y flores...", nos dice Sahagún. Así que *Tlalocan* era el mismo *Tamoanchan*. Llamaban también a esta "Casa de Tláloc" la "Casa de plumas de quetzal" (el quetzal era símbolo de las almas) y en ese lugar se efectuaba la resurrección, como lo dice claramente este otro himno a Tláloc:

*En el lugar de los descarnados, en la casa de plumas de quetzal,
hay transformación de lo que pertenece al que resucita a las gentes.*

Así como para San Pablo la resurrección del cuerpo se asemeja a la transformación que tiene la semilla en planta, así también para los nahuas la resurrección era un "florecimiento" del cuerpo. Muchas veces los poetas hablan de este "florecer". Cito aquí palabras de Laurette Séjourné, buena conocedora de estas cosas: "La finalidad de los Misterios de la religión náhuatl era de 'hacer brotar y florecer el cuerpo'".

La flor era para los nahuas un emblema del alma. Consideraban al alma como la flor del cuerpo. "La casa donde el cuerpo brota y florece" llamaban también a sus colegios religiosos donde los *tlatinime* recibían su formación. Y la partera náhuatl decía al niño recién nacido estas palabras que damos en el castellano de Sahagún: "Hijo mío muy amado y muy tierno... sábette y entiende que no es aquí tu casa... Esta casa donde has nacido no es sino un nido, es una posada donde has llegado, es tu salida para este mundo; aquí brotas y floreces... tu propia tierra es otra..."

Como las lluvias de Tláloc los niños eran también "goteados" en el vientre materno. Los hombres venían pues también del cielo como la lluvia; de la mansión del Dios de la Dualidad, pues era el propio Ometéotl el que metía a los niñitos en el vientre:

*Se decía que desde el doceavo cielo
a nosotros los hombres nos viene el destino.
Cuando se escurre el niñito
de allá viene su suerte y destino,
en el vientre se mete,
lo manda el Señor de la dualidad.*

Si los hombres venían de la divinidad también a ella volvían, y así, hablando de la ciudad sagrada de Teotihuacán nos dice Sahagún que su nombre significa "Ciudad de los Dioses" porque "los señores que allí se enterraban, después de muertos los canonizaban por dioses y decían que no se morían, sino que despertaban de un sueño que habían vivido; causa por que decían los antiguos que, cuando morían los hombres, no parecía sino que de nuevo comenzaban a vivir casi despertando de un sueño y se volvían en espíritus o dioses... y así les decían: 'Señor o Señora, despierta que ya comienza a amanecer, ya es el alba, pues ya empiezan a cantar las aves de plumas amarillas, ya andan volando las mariposas de diversos colores'; y cuando alguno se moría, de él solían decir que ya era *téotl*, que quiere decir que ya era muerto para ser espíritu o dios".

Conocemos un canto ritual para los difuntos que parece ser exactamente lo que Sahagún reproduce en prosa, y que además recuerda mucho las populares *mañanitas* mexicanas como acertadamente lo notó ya Garibay:

*Despierta: ya hay rosicleres:
ya la aurora se ha puesto de pie,*

*ya grita el faisán de fuego,
la golondrina de fuego,
ya anda la mariposa de fuego.*

El más allá era la región "donde todos se reúnen", y también "el lugar donde de algún modo se existe". Los nahuas hablaban de que después de la muerte habría un "levantamiento general", y decían que este levantamiento sería "sin que se sepa", es decir: misteriosamente, sin que nadie se diera cuenta o supiera cómo. También era el lugar donde "morían los difuntos", es decir: donde dejaban de ser muertos. Como esa región era la de mar-y-cielo (ya que veían que el mar y el cielo se juntaban), en un poema se habla de ella como una "escalera de jade en las riberas del mar divino". Los muertos estaban allí "como en un cofre guardados" y por eso no volvían a la tierra. Y un poeta nos dice:

*¿Dónde está el camino hacia el reino de los muertos,
al lugar donde todos bajan, a la región del olvido?
¿Es verdad que aún se vive en la región donde todos se reúnen?*

*¿Lo creen acaso nuestros corazones?
En huaca de barro amortaja y esconde a los hombres
Aquel por quien todos viven.*

¡Huaca de barro! Dios guarda allí escondidos a los hombres, como frutas que bajo la tierra se están madurando, o como un tesoro enterrado. ¡Y a nuestra mente vienen esas innumerables urnas funerarias desenterradas, con huesos de indios, huesos que —como nos dice ese canto— están en huacas de barro esperando la resurrección!

La poesía venía de *Tamoanchan* como de allí venían también los hombres. Y muy bien lo ha dicho Garibay hablando de esta poesía náhuatl: "El canto proviene de la misteriosa patria de la vida". En esa región los poetas estaban reunidos como se reunían en sus academias y concursos en la tierra (y estas academias y concursos se habían hecho según el modelo de la reunión de los poetas en el cielo). Era como una especie de "Comunión de los Santos" de los poetas, o como una especie de Cuerpo Místico de los poetas.

Un poeta canta así a otro poeta muerto:

*Tú estás enlazado al Arbol Florido
a las flores que rien en Tamoanchan.*

En un poema de Tenochtitlán se describe a un poeta muerto viviendo en Tlalocan entre mariposas y musgos acuáticos y "en casa de zapote en florado". El poeta tlaxcalteca Monencauhtzin habla en nombre de un cantor de Tlalocan, donde está el Arbol Florido:

*Vago por dondequiera, por dondequiera canto yo cantor:
las flores olorosas a maíz tostado se mecen
en el patio florecido, entre mariposas.
Todas vienen de allá, donde está el Arbol:
flores que enloquecen al hombre,
que pervierten corazones, vienen a derramar,
vienen a dejar caer carga de flores, fragancia de flores.*

Y, hablando de la región del misterio, se dice en un poema:

¡acaso allá cantan también los mexicanos!

En la otra vida los muertos se convierten en aves canoras de brillantes colores, y así se describe a Netzahualcóyotl convertido en una de esas aves:

*Allí está el Arbol Florido, junto a los atabales:
en él vive el quetzaltototl en que se convirtió Netzahualcóyotl
vive cantando cantos floridos y con ello se alegran las flores.*

Los poetas allí "alaban al dueño del mundo", y su canto es "como si estuviera dialogando la montaña". Las flores que allí chupan nunca se marchitan. No falta a veces una voz pesimista que diga lo contrario: "no es la casa del sol lugar de cantos". Pero la mayor parte de las veces la fe de los poetas se afianza:

*Verdaderamente allá es el lugar donde se vive.
Me engaño si digo: tal vez todo
está terminado en esta tierra
y aquí acaban nuestras vidas.*

*No, antes bien, Dueño del universo,
que allá con los que habitan en tu casa
te entone yo cantos dentro del cielo.*

*¡Mi corazón se alza,
allá fijo la vista,
junto a ti y a tu lado, Dador de la vida!*

No, la poesía no acabaría en esta tierra:

*No acabarán mis flores,
no acabarán mis cantos,
yo los elevo...*

“La fragante fuente de agua de flores del cielo”, es llamada la poesía en un poema. Es éste un poema en el que se increpa a ciertos poetas otomíes de la región de “Chiapa” por haberse embriagado con el vino blanco (el pulque). Pero parece que no sólo se trata de la embriaguez de pulque sino también de la guerra y los sacrificios humanos:

*¿Qué habéis hecho, amigos míos, otomíes de Chiapa?
Grave daño sufristeis por haberos embriagado:
bebisteis el vino blanco y con él os embriagasteis...*

Y el poeta los invita entonces a que se embriaguen con la poesía:

*Bebamos en la Tierra-Florida, en nuestra casa de la Tierra Florida,
la fragante fuente de agua de flores del cielo,
que esparce aroma, deleita y vivifica el alma...*

*¿Cómo? ¿no oís, amigos míos? Vamos, vamos,
dejemos el vino del sacrificio, el vino de las guerras sagradas.
Bebamos allá, gustemos en nuestra casa el vino de fragantes flores,
con el único que se perfuma y embriaga nuestro corazón,
se hace feliz y goza grandemente.*

*Iremos a libar el licor de las flores,
en el lugar de la dicha, donde hay perpetuo verdor,
en la Tierra-Florida, en la Tierra-de-nuestro-sustento.
¿Qué habéis hecho, amigos míos? Venid a oír nuestro canto.*

El Arbol Florido del paraíso náhuatl, o Arbol de la Vida, es también como el Arbol de la Poesía. En sus ramas viven los poetas:

nosotros que vivimos en sus ramas y vivimos cantando.

Y de ahí la inmortalidad de la poesía, que florece en el propio lugar de la Vida (como ese “Arbol Florido” que presidía los concursos literarios en los huertos):

*nadie pondrá fin a los cantos floridos
que son perdurables en la morada del que da vida.*

Una misma es la fuente de la poesía y la fuente de la vida:

*Allá está la vida de nuestros cantos
donde nacieron nuestros ancianos.*

Por eso la poesía podía servir como un medio de comunicación con el más allá y con los muertos. Con frecuencia se están evocando en los poemas los nombres de los príncipes y los poetas muertos. En el lugar de las reuniones poéticas ("el lugar de los atabales") se hacían también presentes los poetas muertos:

*Aquí mismo, en el Lugar de los atabales, si ellos están ausentes,
no haré sino yacer en nieblas y abandono.*

La poesía incluso tenía para los nahuas como un sentido de resurrección:

*Yo, el poeta, señor del canto,
yo, el cantor, hago resonar mi tambor.
¡Ojalá mi canto despierte
las almas de mis compañeros muertos!*

In xóchitl in cuícatl (Flor-Canto) llega así ya casi a ser como aquel "cántico nuevo" de que habla San Juan en el *Apocalipsis*: aquel canto de la ciudad celeste en la que hay un río de agua de vida, clara como el cristal, y un árbol de vida cuyas hojas son saludables para todos los pueblos (*Apocalipsis* 22, 1-2). Y el vínculo de unión de la ciudad celeste es el canto; la reunión de poetas como aquella que se realizó en Huexotzinco es una imagen de la reunión del cielo, pues allí

*¡Ha de seguir enlazándose la unión de los amigos,
ha de seguir enlazándose la sociedad junto a los atabales!*

Muy bien dijo el rey de Tezcoco, Netzahualcóyotl, que cuando los códices se abren y se desenrollan "se mira el interior del cielo". Y muy bien dijo también que los poetas pintaban "como un cielo" el país de Anáhuac. "Habéis visto la aurora / y os habéis puesto a cantar", dijo el príncipe Ayocuan en la reunión de Huexotzinco;

y en efecto, los poetas nahuas fueron como aves anunciando una luz inminente; en la noche del México antiguo vieron los rosicleres del alba ("Despierta: ya hay rosicleres...") y aún perdura un lejano eco de aquel canto en las *mañanitas* mexicanas.

La poesía náhuatl "es un atisbo hacia el inasible Misterio", ha dicho el P. Garibay, que es quien mejor nos ha dado a conocer esta poesía. *In xóchitl in cuícatl* fue también para los nahuas como un sacramento. El canto fue una vinculación de Anáhuac con el más allá ("elevo mi canto en el cielo, mi corazón vive en Anáhuac", dice un Canto de Danza cantado al son del teponaztli). El poeta vivía en Anáhuac pero su poesía vivía en el cielo, junto a Dios, en el lugar donde había nacido:

¡Sólo allá vive nuestro canto donde nació nuestro atabal!

Hubo otra clase de sacrificios, es cierto: los sacrificios humanos. Pero en contraposición a ellos los poetas elevaron esta ofrenda de la poesía (Flor-Canto), que como dice muy bien el P. Garibay era ya un verdadero "sacrificio de alabanza". Y así lo dice un poeta:

*Aquí ofrezco vergeles de rosas y libros pintados:
que algún día daré en homenaje.*

Percedera como las flores, la poesía fue sin embargo para aquellos poetas nahuas lo único verdadero que el hombre tenía en la tierra, la única gloria y la única gala: Netzahualcóyotl no tuvo otra corona:

¡ponte en la cabeza tu corona de flores, oh rey Netzahualcóyotl!